



TIEMPO Y VIDA EN LAS COPLAS DE JORGE MANRIQUE

Lía Noemí Uriarte Rebaudi
Universidad Católica Argentina

Hay circunstancias en que se siente de manera muy viva -y aun dolorosa- el aspecto fugitivo del tiempo. Una de esas circunstancias -no la única- puede ser la muerte de un ser querido, que llevará a buscar en el pasado rasgos y hechos con que fijar la imagen del ausente y sustraerlo así a la injuria del olvido. Se amalgaman tiempo y vida en el recuerdo, para postergar ese silencio de siglos que llega con la muerte. Y al conjugarse en dimensión única a partir de esa experiencia, tiempo y vida actualizan lo que yacía adormecido en la vorágine irrefrenable del vivir.

Desde su tumultuoso siglo XV Jorge Manrique despliega, en las famosas *Coplas* que compuso con motivo de la muerte de su padre, cuanto puede sentirse desde siempre ante un hecho similar.

Todo el poema envuelve una inquietante exhortación a contemplar el fluir de la vida en el tiempo y a recordar la condición finita del hombre sobre la tierra. Contemplación y recuerdo se resuelven para el poeta en anhelo de eternidad, bien manifiesto en su penetrante visión de lo mundano, que morosamente desvaloriza por su fragilidad frente al tiempo y a los cambios.

La imagen de la vida como río -emparentada con otra del Eclesiastés, que encierra distinto sentido (I,7)-, recuerda en la tercera copla cómo tiempo y vida humanos se deslizan necesariamente hacia el morir, que los absorbe: "Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar,/ que es el morir".

Se expresan en estos versos conceptos equivalentes aunque opuestos -como *vida-muerte*, *vivir-morir*-, con palabras de distinta naturaleza: *vida-morir*. Y la misma diferencia se encuentra en la respuesta de aceptación puesta en boca del maestro para dirigirse a la muerte: "No gastemos tiempo ya/ en esta vida mezquina/... y consiento en mi morir/ con voluntad plazertera".

Las páginas de Spitzer sobre el infinitivo sustantivado en las Coplas de

Manrique, advierten que es "forma más abstracta que los otros sustantivos verbales...", porque pone de relieve la actividad pura, no su resultado". Y que es "forma concreta, por el hecho de que sugiere la presencia de una persona que realiza la acción expresada por el verbo, lo que no hacen los otros sustantivos verbales" (184).

Puede pensarse que en las dos coplas mencionadas la alusión a la "actividad pura" del *morir* y no a su resultado, la *muerte* -según el concepto de Spitzer- se debe al hecho de no contar el hombre con experiencia personal de la muerte en cuanto a haberla sufrido, como puede tenerla de la vida. Porque la expresión global de "nuestras vidas" incluye la del poeta mismo y el maestro se ha referido a ella por su propia inserción "en esta vida". Pero habrá de hacerse un distinguo entre el morir personal de don Rodrigo, que asume como suyo, y el morir sin principio ni fin que es ese mar en que desembocan desde siempre y para siempre todos los ríos que son todas las vidas.

Spitzer dice que "mi morir" en Rodrigo Manrique representa "una acción deliberada de estar conforme y de hacer propia la voluntad divina"; y no es una muerte sino un morir, porque es acción (193). Agréguese que quien pone ese sentir y esa expresión en el que muere es el poeta, todavía inmerso en el tiempo y en la vida, y por eso ajeno a una experiencia que puede intuir sólo guiado por su piedad filial y religiosidad.

En cuanto al "mar/ que es el morir", ha de verse como acogiendo simultáneamente la presencia de quienes mueren y el acto mismo de morir. Ni presencia ni acto serían ya posibles en la muerte, porque ésta habría aniquilado a quienes llegaran a ella, impidiendo la acción. Un matiz aparentemente sin relieve en una forma expresiva, marca ese tiempo humano que aún se desliza en el morir, pero que cesará de desplazarse con la muerte porque en ella el tiempo deja de contar: es un tiempo sin tiempo que se diluye en la eternidad.

Temporalidad y eternidad son dos polos antitéticos en el sentir manriqueño, impregnado de melancolía y nostalgia que comienza a apuntarse en su poesía amorosa. "Poeta de la añoranza" lo llama Mariano Ibérico, "porque mide con dolorosa mirada el abismático intervalo que separa el ayer del hoy" (165). Admítase que la añoranza lo induce a evocar el pasado con vigorosos rasgos, que hacen revivir la corte de Juan II en las coplas XVI y XVII, y la figura venerada del padre a partir de la XXV.

Con palabra hecha imagen clarísima se rescatan formas refinadas del vivir en aquella corte, que Menéndez y Pelayo vio como pórtico del Renacimiento español (III, 9). Impresiona vivamente ese preguntar y preguntarse por aquel boato que a tantos deslumbró, al crear un mundo que hizo vibrar el alma y sacudir los sentidos. "Temblor de la sensualidad" señala Salinas en esos versos, donde "sonríen, antiguas sirenas, las tentaciones" (176).

Prefigurando las galantes escenas dieciochescas inmortalizadas por Watteau y reflejando como aquél el goce artificial de la vida cortesana, el *ubi sunt*

manriqueño alcanza su expresión más valiosa en las coplas XVI y XVII. Equilibrada fusión de tiempo y vida remansados en el desengañado recordar, hace posible que seres, hechos, objetos, coexistan en melancólica actualización. Breve visión apenas sugerida que se esfuma pronto como se esfumó la vida misma en el pasado que se añora, sólo rescatable por la memoria y la palabra; destellos engañosos de momentos idos, simultáneamente uno y varios en la reiteración de fiestas y torneos llevados por el tiempo. Si se reaniman las figuras evocadas, con todo aquello que conformó su mundo, frívolo pero sin duda hermoso, será para aleccionar sobre el error en que se incurre cuando se tiene por guía a los sentidos. Dolorosamente resuenan las preguntas -*qué se hizo, qué se hicieron, qué fue de...*-, en incesante martilleo que no cesa hasta la evocación de Enrique IV y su reinar, tanto menos armoniosa y vital.

Spitzer relaciona las expresiones *aquel trovar* y *aquel danzar* con las propias del ambiente cortesano usadas desde el siglo XII, en que se da importancia al ser presente tras el acto, (185, 189, 191). Puede pensarse también en el tiempo que va desplegándose durante el *trovar* y el *danzar* en muchos y distintos momentos del pasado; en la manifestación de vida por la acción y la costumbre; en la interrelación de tiempo y vida por ese fluir de uno y otra presentes en la acción.

Asoma en las *Coplas* quien las inspiró, viviente en su heroísmo y sus virtudes exaltadas por el amor que supo despertar en su hijo poeta. Suma de los rasgos caballerescos más preciados, Rodrigo Manrique se erige en arquetipo plasmado según una concepción que se nutre de la tradición grecolatina, recibe el aporte germánico y cristiano, y va cimentándose durante toda la Edad Media.

Poco importa que el maestre encarnara las cualidades con que se lo adorna en las *Coplas* o que careciera de ellas. Hernando del Pulgar destaca las guerreras como excepcionales (91). Y María Rosa Lida lo tacha de "noble adocenado e intrigante", cuya turbulenta biografía ha sido ajustada a la vida ejemplar de "caballero famoso" (291-292 y nota 122). Pero esas condiciones con que su hijo lo recuerda, adquieren en conjunto la fuerza suficiente para que el maestre triunfe del tiempo depredador y adquiera nueva vida con la fama, no eterna, como bien sabe el poeta y lo afirma por boca de la muerte, pero de mayor duración que la terrena. Es vida en la memoria y alcanza a consolar a los que quedan: "avunque la vida murio,/ nos dexo harto consuelo/ su memoria".

Tiempo y vida están presentes en la imagen del maestre, porque en el epicordio se desenvuelve su vivir y se muestra su actuación -"propósito de que presenciemos al caballero haciéndose en sus propias obras", dirá Salinas, (193) aunque Spitzer considera más destacable lo que llama "el monumento ya antes erigido al caballero, que nos expone el poeta rasgo por rasgo" (179). Ambos criterios se complementan como se complementan ambas vi-

siones del maestro: una primera, en que se suceden las virtudes en lo que podría ser un eco de las letanías, según el mismo Salinas; (186) otra, signada por el acontecer en la vida de ese muerto ilustre, más próxima al sentir del poeta, porque revive experiencias compartidas. Tiempo y vida en la imagen del maestro, porque destaca cómo vivió, qué hizo de su tiempo.

En las *Coplas* aflora una visión del tiempo en tres facetas, en coincidencia con las formas de la vida, lo cual reafirma que tiempo y vida no pueden separarse. Manrique ha hecho poesía, sutilmente, un tiempo-vida, cauce del vivir; un tiempo interior en la memoria; un tiempo sin tiempo en la eternidad, donde no hay fluir ni memoria, sino un remanso total y sin fisuras.

Con la muerte de su padre, el poeta ha logrado percibir más claramente la lección del tiempo, el gran tema, no siempre explícito, que surge de las *Coplas*. En la inicial es quien lleva la vida y va acercando la muerte con sigilo; es un bien perdido que despierta nostalgia: "como se passa la vida,/ como se viene la muerte/ tan callando;/ ...como, a nuestro parescer,/ qualquiera tiempo passado/ fue mejor".

Produce en la segunda impresión de irrealidad, por la presteza con que arrastra lo vivido: "No se engañe nadie, no,/ pensando que ha de durar/ lo que espera/ mas que duro lo que vio". La tercera recuerda, subrepticamente, el deslizarse de la vida en el tiempo, con la expresiva imagen de los ríos. El uso del gerundio en la cuarta marca el aspecto temporal del paso de Cristo sobre la tierra: "en este mundo biuiendo". Se le muestra después destructor de belleza y juventud. Todo el *ubi sunt* advierte sobre el hundirse en el tiempo cuanto existe.

En cuanto a ese tiempo interior vivido en la conciencia, -ajeno al mensurable que implacablemente fluye desde el pasado hacia el futuro-, parece haber sido sentido dolorosamente por Manrique. Y es el aspecto más atrayente de su visión del tiempo. Porque logra conservar el pasado en el presente, a la vez que lo transforma y lo renueva. Singular actitud de sumergirse en el pasado buceando en la conciencia, para rescatar un tiempo ya perdido, a la manera de lo que se hará en la narrativa actual, después de los estudios hechos por Bergson hacia fines del siglo XIX acerca de los estados psicológicos.

Con diferente enfoque ha encarado la crítica el tema del tiempo poetizado por Manrique. Y los distintos puntos de vista se completan unos a otros.

Para Salinas el poeta ha quitado al tiempo toda realidad que no sea la de pasar, la de dejar de ser, en actitud que lo aproxima al sentir agustiniano (145). La segunda copla afirma enérgicamente la inexistencia del tiempo, según Gualterio Cangiotti. (21) Guido Mancini estima que el presente es visto más en su caducidad que en su vanidad esencial. (15) Mariano Ibérico destaca la gravitación de Manrique hacia el pasado, entidad de enorme importancia metafísica, fosa común del acontecer. (161) Serrano de Haro señala un proceso psicológico de naturaleza temporal. (311)

Se ha dicho que el hombre nunca ha logrado una explicación satisfacto-

ria de lo que es el tiempo, aunque desde la más remota antigüedad todas las civilizaciones forjaron mitos y doctrinas que implicaban una concepción del tiempo. En la actualidad, desde la aparición de la física relativista con Einstein, las pocas nociones válidas que se tenían han sido cuestionadas. Pero ha ido madurando la conciencia del tiempo histórico, el verdaderamente humano, el que pasa por la interioridad.

Si el espacio está fuera del hombre, el tiempo lo envuelve y lo penetra, apunta García Venturini, quien considera que en nuestro siglo XX hay una omnipresente temporalidad en lugar de la declinante espacialidad, porque la historia se ha hecho tiempo, el cosmos se ha hecho tiempo, la vida cotidiana se ha hecho tiempo.

Y Manrique, que quizá desconfía del tiempo, que tal vez lo niegue, que siente la caducidad del presente, se aferra al tiempo al aferrarse al pasado en el recuerdo. Podría ser ésa una manera de afirmar la propia identidad, rescatando las vivencias y volviéndose sobre sí mismo. Y una manera de prepararse espiritualmente para entrar en la eternidad, porque el pasado tiene cierta inmovilidad que la prefigura.

Tiempo y vida, al hacerse dramáticos en la experiencia del poeta, desde la muerte de su padre, ponen en tensión su alma, que despierta a la contemplación de la verdad.

OBRAS CITADAS

Coplas que fizo don Jorge Manrique por la muerte de su padre. Ed. R. Fouché Delbosc. Madrid: s.e., 1915.II. 228.

Sagrada Biblia. Barcelona: Editorial Herder, 1964.

Cangiotti, Gualterio. *Las Coplas di Manrique tra Medioevo e Umanesimo*. Bologna: Patrau, 1964.

Estrada, José María de. *La vida y el tiempo*. Buenos Aires: Emecé, 1947.

García Venturini, Jorge L. "El hombre y el tiempo". *La Nación* 21 de diciembre 1980, 4a. sec.: 3.

Serrano de Haro, Antonio. *Personalidad y destino de Jorge Manrique*. Madrid: Gredos, 1966.

Ibérico, Mariano. *Perspectivas sobre el tema del tiempo*. Lima: Editorial San Marcos, 1958.

Lida de Malkiel, María Rosa. *La idea de la fama en la Edad Media castellana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952.

- Mancini, Guido. "Schema per una lettura delle Coplas de Jorge Manrique". *Prohemio*, abril (1970): s.p.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Antología de poetas líricos castellanos*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1951.
- Spitzer, Leo. "Dos observaciones sintáctico-estilísticas a las Coplas de Manrique". *Estilo y estructura en la literatura española*. Barcelona: Editorial Crítica, 1980.
- Pulgar, Hernando del. *Claros varones de Castilla*. Madrid: s.e., 1969.
- Tabernig, Elsa. "El tiempo en la novela". *Revista de la Universidad de Buenos Aires* (s.f.): 151-171.
- Uslar Pietri, Arturo. "El reloj de los sabios". *La Prensa* (Buenos Aires) 13 de enero 1987: s.p.